

De la Pereza el astro entre los soles  
rebuscan sus pupilas agrandadas,  
viendo á su paso las inmensas moles  
de unas islas por almas habitadas.

Piensa en su madre al remontar la esfera.  
«¿Me esperará? — Me esperará, — se dijo; —  
que una madre amorosa siempre espera  
la llegada del alma de algún hijo.»

Avanza más y más, é inquiera amante;  
y el astro al distinguir de la Pereza,  
nadie ha visto jamás en un semblante,  
ni alegría mayor, ni más tristeza.

Y al llegar de su madre al purgatorio,  
Paz se arrodilla, gime, besa el suelo.  
Se alza, y prorrumpe al acercarse Honorio:  
— ¡Gloria á Dios en la tierra y en el cielo! —



## ESCENA XXV

## El pecado de la pereza

(PRIMERA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro volcanizado*

PERSONAJES. — PAZ. — HONORIO

## ARGUMENTO

Después de abrazarse la madre y el hijo, Honorio, á instancias de Paz, le cuenta sus transmigraciones y su amor á Soledad. Luego sobreviene una tempestad de viento y lava en aquel astro, que es uno de los purificadores de las almas pecadoras.

Llegando al astro en que castiga el cielo  
la dejadez de la pereza extrema,  
siente Honorio, al andar, que hierve el suelo,  
el aire da calor, y el agua quema.

Si calientes los céfiros abrasan,  
son las sombras allí sofocadoras;  
y hasta del tiempo que se arrastra, pasan  
más lentas y monótonas las horas.

Más que el cansancio, la quietud se siente;  
y arabescos fantásticos formando,  
con un zumbido agudo y estridente,  
piden sangre los cínifes volando.

Nubes de insectos, circulando en torno,  
cubren la extensa soledad del cielo;  
toda fuente es termal, el aire un horno,  
y un nido de tarántulas el suelo.

Del uno al otro apenas les dejaba  
contemplar á placer la faz querida,  
la oscuridad de plomo que formaba  
la arena por el viento removida.

Paz y Honorio se abrazan, y encantados  
se vuelven á abrazar; toman asiento,  
y luego se contemplan, ya sentados  
en dos piedras de un blanco ceniciento.

Miraba á Honorio Paz como lo haría  
la madre más feliz junto á una cuna;  
y — «Acércate, hijo mío, — le decía, —  
y cuéntame tus penas una á una.

»Y ¡háblame mucho, pero mucho! — dijo, —  
de tí, de Soledad y Palaciano...»  
Calló la madre, y con vergüenza el hijo  
bajó los ojos y besó su mano.

Y de Paz, cuando Honorio se prepara  
la historia á referirle de sus males,  
dos lágrimas de amor ve por su cara  
rodar, como dos perlas orientales.

Después que Honorio en el profundo abismo  
de su espíritu entró, de esta manera,  
sacándola del fondo de sí mismo,  
á su madre contó su vida entera.

«Por ese amor que hasta el honor relaja, —  
dice Honorio, — á mi hermano he secuestrado.»  
Y esto lo habló con la cabeza baja,  
cual delante del juez habla un malvado.

Y continuó después, enternecido,  
aun rojas de vergüenza las mejillas:  
«La hermosa Soledad siempre ha debido  
ser de un rey adorada de rodillas.

»¡Ay! ya veréis, al escuchar mi historia,  
que en muchas vidas, de amargura llenas,  
sólo está Soledad en la memoria  
de tantas dichas y de tantas penas.

»Con permiso del cielo, transmigrando  
por senderos del mundo no sabidos,  
fué la ilusión á mi alma traspasando  
la ternura fatal de mis sentidos.

» Tanto alegraba esta fatal ternura, de mis vidas la rueda interminable, que hallaba en el amor cierta dulzura, aun siendo mi desdicha inagotable.

» Amando á Soledad, fui condenado á ser por su memoria perseguido, ya en los poros de un mármol encerrado, ya en el cuerpo de un águila embebido.

» ¿Quién hubiera creído, madre mía, en terrenal amor tanta firmeza? ¿Quién lo hubiera creído? — repetía, sobre Paz inclinando la cabeza. —

» Con el fuego voraz en que aun me abraso, — prosiguió Honorio, — la seguí contento, por una y otra vida, paso á paso, desde el primero al último momento.

» Vivo ó muerto, de noche cual de día, templaba mi dolor con mis amores, pues siempre fué en el mundo, madre mía, más fuerte mi pasión que mis dolores.

» Fui mármol y ciprés; luego, subiendo, fui pájaro de aliento soberano, para pasar después, siempre sufriendo, desde el reino animal al reino humano.

» Y hombre, roca, ó ciprés, siempre he seguido con estas ansias para mí queridas; siempre acabé, de su memoria asido, la rueda interminable de mis vidas.

» Y amaba, madre mía, de tal suerte, que embebido en la tumba en que ella estaba, aunque es tan frío el frío de la muerte, como una hoguera el mármol me abrasaba.

» Jamás he visto de sentir cansado mi triste corazón, que tantas veces desde mármol á espíritu ha apurado la dicha y la desdicha hasta las heces.»

Diciendo Honorio así, dando bramidos, rodó una nube lóbrega, que, impura, dejó, al pasar, sus rostros encendidos, que abrasaba también la calentura.

Y en medio de vapores inflamados cuando fin á su historia Honorio daba, á rugir empezó por todos lados una atroz tempestad de viento y lava.

Soplando como cárdena humareda, un simoun abrasado de un desierto, trastornándolo todo, rueda y rueda sobre aquel purgatorio á cielo abierto.

Miran correr las sombras tenebrosas por un aire cargado de suspiros. Rayos que forman zedas luminosas cruzan el cielo en angulosos giros.

Quemados ya por el volcán que abrasa, sintiendo uno por otro amarga pena, se echan los dos, mientras el viento pasa, como quien va á morir, sobre la arena.

Y dice á Honorio Paz, envuelta en lava: «La clemencia de Dios con fe pidamos. ¡Perdónanos, Señor, — Paz exclamaba, — así como nosotros perdonamos!...»

#### ESCENA XXVI

##### El pecado de la pereza

(SEGUNDA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro volcanizado*

##### PERSONAJES

PAZ.—HONORIO.—LOS INDOLENTES.—LOS EGOÍSTAS.  
PANCHE EL INDIANO

##### ARGUMENTO

Recorriendo el planeta en que se purga el pecado de la pereza, ven Honorio y Paz el castigo que se da á los indolentes y á los egoístas. Entre éstos hallan á Pancho el Indiano, quien les cuenta que habiéndose hecho rico, dejó morir á su madre indigente á la puerta de su casa, por no sacar la mano del lecho para abrirle la puerta en una noche de invierno.

Pisando Honorio y Paz con planta inquieta aquel suelo, que un horno parecía, los ámbitos recorren del planeta, encendido volcán, aunque no ardía.

Y por más que aquel astro enrojecido cruzaron con terror de arriba abajo, no hallaron ni un lugar embellecido por el amor, la dicha y el trabajo.

Tenaces, á las almas indolentes acosan, entre horribles convulsiones, unas nubes de moscas relucientes, esparcidas por miles de millones.

Espantada por él, su madre á Honorio, «Pasa, hijo mío, — le decía, — pasa; que al ardor de este horrible purgatorio se angustia el corazón, y el pie se abrasa.»

Hallan luego la raza maldecida de cuerpo sin vigor y de alma inerte, que teme á los pesares de la vida, por si pueden durar hasta la muerte;

A quienes en sus cómodas posturas, picando á un tiempo y susurrando á coro, inquietan con acerbas picaduras mil cínifes de luz con trompas de oro.

Y ellos de pie, la faz desencajada, al tórrido calor que se desploma, tienen con pena esa tensión forzada que, al querer tomar vuelo, el ave toma.

Después, con el sudor de la agonía, ven que no dan los cínifes reposo á un tal Pancho el Indiano, que algún día se condenó á sí mismo á ser dichoso,

El cual explica así su gran pecado, dando á Honorio estas cínicas razones, en tanto que, de insectos acosado, se agita entre horribles convulsiones:

##### PANCHE EL INDIANO

«En todo tiempo, y de cualquier manera, después del oro apetece la calma; y al cabo de una vida aventurera, en que perdí el honor y casi el alma,

» Rico y á todo sinsabor extraño, siendo mi bien el único amor mío, sin la fe, y con la paz de un ermitaño, me instalé en un pensil cercano á un río.

» A fuerza de inquirir, mi residencia halló mi madre en mi feliz desierto; su miseria olvidaba en mi opulencia, suponiendo además que había muerto.

» Llegó una noche del invierno fría, y á mi puerta llamó, pidiendo asilo: que era un pobre cualquiera, presumía, y así en el lecho me quedé tranquilo.

» Volvieron á llamar tras corto plazo; pero yo, para abrir al que llamaba, tenía al menos que sacar un brazo y tender una mano hacia la aldaba.

» Ya, dando la infeliz diente con diente, — ¡Tengo frío! — decía, — ¡tengo frío! — y era, en verdad, mortífero el ambiente que subía soplando desde el río.

» Con frío tan glacial cayó aterida: yo dormía entretanto satisfecho, pues no hay cosa más dulce en nuestra vida, que en una noche de tormenta, el lecho.

» Por no turbar la madre, resignada, tal vez el sueño ó la quietud del hijo, al umbral de la puerta acurrucada, — Hasta mañana aguardaré, — se dijo.

» Y se puso á rezar, y un ¡ay! doliente creo escuchar, mezclado con su rezo; pero yo me dormí tranquilamente, contestando á aquel ¡ay! con un bostezo.

» El rostro entre las manos recogido, sobre el regazo á dormir empieza, como antes de morir, el cisne herido recoge entre las alas su cabeza.

» Sueña feliz su maternal locura que me ve, que me besa y que me toca, y á raudales afluye la ternura á sus ojos, sus manos y su boca.

» Soñando moderar, ya medio muerta, aquel frío que helaba hasta sus huesos, imagina, por fin, que abro la puerta, la cojo al vuelo y me la como á besos.

» Que una taza de leche la servía, soñaba en sus risueños pensamientos, y que luego afanoso la encendía una grande fogata de sarmientos.

» Fingiendo amor en mí, siempre amorosa, la pobre se quedó, muriendo helada, marchita y sin color, como la rosa que se queda en un búcaro olvidada.»

Y cuando esto el Indiano iba diciendo, por el rostro de Paz, descolorido, dos arroyos de lágrimas ardiendo caían de sus párpados sin ruido.

«Cuando ya con buen sol abrí la puerta, — siguió el hombre, — de lágrimas preñados, casi lloraron, al mirarla muerta, mis ojos, á llorar no acostumbrados.

» Juré en falso después que no sabía cuál fuese el nombre de la pobre aquella; pero ahora conozco que debía de rodillas caer delante de ella.

» Un cura pobre, y como un ángel bueno, rogó por ella y la enterró en sagrado; pues yo, apartado del dolor ajeno, soy tan poco feliz, que nunca he orado.

» ¡Al pensar en sus besos repetidos, pensó la madre fiel cuanto quería; soñando en mis sarmientos encendidos, soñaba la infeliz lo que debía!

» ¡Pobre madre, que helada y delirando, muerta al umbral de mi feliz estancia, extática quedó, como escuchando las dulces melodías de mi infancia!

» ¡A qué extremo fatal me han conducido el oro, el egoísmo y la indolencia! Obré mal, ¿qué queréis? así he nacido, y el gusto es condición de la existencia.»

Honorio y Paz, al hombre contemplando,  
en muda y noble indignación se abrasan,  
y de ira ardiendo y de dolor llorando,  
miran gimiendo, y despreciando pasan.

## ESCENA XXVII

## El pecado de la pereza

(TERCERA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro volcanizado*

## PERSONAJES

HONORIO.—PAZ.—LOS EXTÁTICOS.—LAS VIRTUDES ESTÉRILES.  
—LOS ESPAÑOLES.—FELIPE IV.—INÉS DE RIBERA

## ARGUMENTO

Hallan Paz y Honorio á los extáticos, á las virtudes estériles, á varios españoles y á Felipe IV. — Ven después á una mujer en medio de dos hombres, que, por herirse furiosos, involuntariamente la hieren á ella. Cuenta uno de ellos la historia de Inés de Ribera, la cual recibía á dos amantes á distintas horas de la noche: una vez se encontraron en el fondo de una atajea, por donde entran y salían, y no pudiendo retroceder, murieron ahogados por el agua destinada á regar un jardín. Vuelven Honorio y Paz á tomar el camino de la vía láctea, y continúan su viaje por los espacios.

Entre el vapor de fuego que caía,  
rendido Honorio, Paz infatigable,  
cruzando el astro van, que casi ardía  
bajo el calor de un cielo insoportable.

Y lamentando, aunque sus pies se abrasan,  
más que la propia, la desdicha ajena,  
sufriendo al ver sufrir, inquietos pasan  
de dolor en dolor, de pena en pena.

Al llegar á los sitios abrasados  
de unas playas tranquilas y desiertas,  
se encuentran á los seres extasiados,  
de mentes locas y de entrañas yertas;

Que, abandonados con inútil calma  
á las varias delicias del reposo,  
no piensan que, lo mismo que nuestra alma,  
el cuerpo se corrompe estando ocioso.

Y los codos hincando en las rodillas,  
se entregan con placer á sus quimeras,  
y apoyando en sus manos las mejillas,  
se quedan sin moverse horas enteras.

Hallan después á los que llaman buenos,  
á quien la ardiente caridad no inflama,  
que nunca sienten, de indolencia llenos,  
la gran virtud del que padece y ama.

Jamás la luz de ajenas alegrías  
en la virtud estéril reverbera;  
que en ciertas almas, cual la nieve, frías,  
ni reina el vicio, ni el amor impera.

Muestran con gesto, en la apariencia amante,  
con blando acento y corazón de roca,  
una inútil bondad en su semblante,  
que hiela lo que mira y lo que toca.

Dejando Honorio y Paz las almas ruines,  
que en vano en sueños escuchar intentan  
las cosas que los buenos serafines  
á los oídos de los que aman cuentan,

Unos hidalgos ven, cuyos semblantes  
jamás revelan ni placer ni pena,  
pues piensan sólo en disipar instantes  
por la árida extensión de un mar de arena.

Tan bravos infanzones, convirtiendo  
á la pereza en su deidad querida,  
haciendo sólo tiempo, van haciendo  
un eterno bostezo de la vida.

Allí al ciego querer de la fortuna  
Felipe cuarto, el español, se entrega,  
y jamás llega á tiempo á parte alguna,  
esperando una cosa que no llega.

Vasallos dignos de él le van siguiendo,  
que holgando hacen al Rey digno agasajo,  
y más que en trabajar, sufren huyendo  
del que llaman demonio del trabajo.

Cercando á una mujer de estrecha frente,  
dos hombres ven que con furor combaten;  
mas ella entre los dos sufre indolente,  
cual les dejó morir, que ellos la maten.

## INÉS DE RIBERA

Era Inés de Ribera, que en Granada  
tristemente fué célebre algún día;  
tipo común de dejadez, mezclada  
con cierta astucia subterránea y fría.

Y al ver que Honorio y Paz lloran su suerte,  
«Esta, — uno de ellos á decir comienza, —  
arrastró nuestros cuerpos á la muerte,  
hundiendo nuestro nombre en la vergüenza.

»Había y hay en la feliz Granada  
cierto conducto angosto y encubierto,  
por donde hallando artificial entrada  
el agua del Genil, regaba un huerto.

»Por la acequia arrastrándose anhelante,  
á contemplar de noche á esta señora,  
al ocultarse el sol, iba un amante,  
y otro amante después iba á deshora.

»Chocando ¡ay Dios! cabeza con cabeza,  
una noche en la oscura cañería,  
ya sin poder retroceder, tropieza,  
con el hombre que entraba, el que salía.

»Como amantes los dos, faltos de juicio,  
se apretaban furiosos las gargantas.  
¡Nunca alumbró tan bárbaro suplicio  
el sol, que alumbraba desventuras tantas!

»¿Qué hacía en tanto la mujer funesta?  
Dejar que horrible se cumpliera el hado,  
pues aun amando á dos, siempre fué en ésta  
más grande la pereza que el cuidado.

»Antes de ser desesperadamente  
uno por otro destrozado y muerto,  
corriendo por la acequia de repente  
el agua del Genil, entró en el huerto.

»Al verse por las aguas inundados,  
y el uno contra el otro comprimidos,  
se oyeron dos gemidos sofocados...  
mas después no se oyeron ni gemidos.»

Calla, se miran, y con rabia y tedio  
renuevan ambos su feroz querella,  
y al pegarse los dos, con ella en medio,  
se dan el uno al otro y dan en ella.

De la mujer funesta, pero amada,  
tiran después con cólera homicida;  
y si á medias amó, casi arrastrada,  
á medias sufre, entre los dos partida.

Mas de aquella mujer de escasa frente  
nunca la fuerza de la inercia abaten,  
pues sin odio ni amor, sufre indolente,  
cual les dejó morir, que ellos la maten.

Los dos huyen después, con ella en medio,  
demostrando en su bárbaro suplicio,  
ellos la rabia, el deshonor y el tedio,  
y ella la inercia, el deshonor y el vicio.

Después Honorio y Paz, andando, andando,  
pusieron fin á su estival carrera,  
y alejados del sol, fueron dejando  
de su calvario la estación primera.

De nuevo entrando en la celeste vía,  
siguen los dos ese inmortal sendero,  
ancha faja de luz, que parecía,  
de soles en fusión blanco reguero.

Y más que por sus penas, fatigados  
de ver un vicio aquí, y allí otro vicio,  
prosiguen su camino, condenados  
á andar de precipicio en precipicio.

## ESCENA XXVIII

## El pecado de la avaricia

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro de oro*PERSONAJES. — HONORIO. — PAZ. — LOS USUREROS. — GIL GÓMEZ. — LOS MALOS JUECES. — CATÓN.  
CRESO. — CRASO. — PERÍCLES. — LOS VENTEROS DE DAIMIEL.

## ARGUMENTO

Llegando al planeta donde se purga el pecado de la avaricia, encuentran á Judas con los usureros; á uno que les cuenta el hurto de Gil Gómez; á los malos jueces mezclados con los ladrones; á Catón con los avaros; á Creso y Craso acompañados de los conquistadores, y á Pericles con los dilapidadores. — Ven luego á los venteros de Daimiel, que les cuentan el robo y parricidio cometidos en su propio hijo. Después Honorio y Paz vuelven á seguir por la vía láctea su peregrinación celeste.

Y andando más y más, miran delante  
un astro rojo relumbrar un día,  
donde el rayo feliz de un sol levante  
próvido el oro y los diamantes cría.

Aunque allí el ansia de apilar inquieta,  
rueda inútil la plata por el suelo;  
da fiebre de adquirir aquel planeta,  
inagotable Potosí del cielo.

La tierra el seno de metal mostraba  
por las grietas sin fin de un suelo hendido;  
el agua de los ríos reflejaba  
los cambiantes del oro hecho fluido.

La tierra, como el agua, al hombre ofrece  
los milagros que sueña la pobreza,  
y hasta la árida arena allí parece  
que exhala de sí misma la riqueza.

Allí, por una baja idolatría,  
está el becerro de oro hecho divino,  
y el sitio de la escena, parecía,  
de la historia oriental del vellocino.

Triunfando los innobles pensamientos,  
el hurto sólo el corazón halaga,  
excitando los ricos avarientos  
una hidrónica sed, que no se apaga.

En vano reclinando la cabeza,  
quiere gozar de calma la codicia;  
que aumenta el oro el ansia de riqueza,  
y exalta la riqueza la avaricia.

Nada de Paz los ojos alegraba;  
hasta el color del campo era amarillo:  
la rica arena estéril no criaba  
ni romero, ni rosas, ni tomillo.